

# Contundencia pianística de alto grado



Mario Córdova

En estos tiempos de post-pandemia la llegada a nuestro medio de famosos artistas del ámbito musical selecto ha sido pobrísima, no obstante el envidiable batallón de estrellas que ha estado desembarcando en la cercana comarca transandina. Pero no todo está tan perdido; en días recientes se recibió a dos figuras que generaron una fuerte reactivación que, es de esperar, aproveche este viento de cola.

Muy próximo a la magnífica intervención del violinista estadounidense Joshua Bell, cerrando la temporada de la Fundación Beethoven en el Teatro Municipal de Las Condes, arribó el pianista ruso-israelí Boris Giltburg (40) a la Sala Corpartes, espacio que en la era pre-pandemia brindó memorables temporadas internacionales de calidad suprema hasta entonces desconocida. Su presentación fue sorpresiva y aislada, no formando parte de ciclo alguno ni tampoco estando asociada a nada.

Con varias decenas de discos grabados



Boris Giltburg marcando territorio.

WIGMORE HALL TRUST

para Naxos, el nombre de Boris Giltburg sonaba mucho, más todavía al recordarse un par de notables actuaciones anteriores en el Teatro Municipal de Santiago, la primera hace dos décadas. Su recital comenzó con la incombustible Sonata "Claro de luna" de Beethoven, en una versión algo curiosa, que dejó oír toques personales en ritmos e intensidades inesperadas. De

ahí en adelante se entró a una jornada dominada por una contundencia e intensidad extremas, a cuyo término pudo haberse generado la pregunta respecto a cuán conveniente fue la inclusión de la Sonata de Liszt y la Sonata N° 2 de Rachmaninov. Perdónese a este columnista por la expresión, pero tal vez calce bien decir que la suma de ambas audiciones fue para

quejarse de lleno, o para no percibir en plenitud la segunda.

En ambas la calidad interpretativa fue arrasadora, con Giltburg vertiendo una técnica y expresividad sin tope. La de Liszt, obra monolítica del repertorio pianístico, posee una fuerza temática total, con sólidos motivos siempre presentes y poseedora de una muy equilibrada gravitación de forma y fondo, logrando mantener siempre atrapada a la audiencia, acción que el pianista manejó de modo ejemplar.

Tras el intermedio, a una selección de excelentes Preludios de Rachmaninov siguió la otra sonata y otro discurso, igualmente complejo en profundidades, demandante de una audiencia de oídos más despejados. Liszt con lo suyo, sumado a la absoluta maestría entregada por Boris Giltburg ya habían conseguido demasiado.

En diversos escenarios, éste y otros muy buenos pianistas han hecho noticia en un año que comienza a terminar.